

Sobre Gilberto Rodríguez (1929-2004)

Por Jesús Eloy Conde, Centro de Ecología, IVIC
jconde@oikos.ivic.ve

Muchas mañanas, recorría yo el puñado de pasos que separaban mi oficina de la del Dr. Gilberto Rodríguez. En un ambiente distendido, y durante unos pocos minutos, charlabamos informalmente sobre —si me permiten el tópico— lo humano y lo divino. Política, ciencia, literatura y cine copaban el grueso de nuestra agenda, pero, en realidad, nada se resistía a nuestros irónicos análisis y socarronería. Debo admitir que tampoco nos era ajeno el cotilleo. Hoy en día, sé que más que los temas en sí, lo que disfrutabamos era la atmosfera de camaradería y la pugna por decir la frase fulminante.

Ocasionalmente, cuando la tertulia tomaba giros graves, decidíamos trasladarnos al cafetín del IVIC. En esas oportunidades, la conversación usualmente versaba sobre el futuro del Centro de Ecología. En aquellos momentos se transfiguraba y parecía entrar en trance, mientras su mente trabajaba, sopesando aceleradamente los escenarios futuros. Casi era posible palpar cómo operaban los engranajes de su intelecto al trazar los carriles por los que debía discurrir el desarrollo del Centro.

Había razones urgentes para las elucubraciones y las tormentas de ideas. A mediados de los años noventa, él estaba muy preocupado por lo que podía suceder con el

Centro. Esencialmente, le inquietaban la inversión de la pirámide de edad de los Investigadores, las eminentes jubilaciones de varios de ellos, y, para colmo, la patente ausencia de una generación de relevo.



No era la primera vez que el Dr. Rodríguez encaraba un reto de esta magnitud. En 1970, la fundación del Centro de Ecología a partir de la semilla del extinto Departamento de Hidrobiología, que él había creado en 1964, fue, en buena medida, consecuencia de su presciencia. En ese momento se estaba gestando la preocupación mundial por el deterioro del ambiente y en especial por la falta de información sobre los ecosistemas tropicales. Su poder de convencimiento y sus buenos oficios le permitieron captar inicialmente investigadores del calibre de Carlos Schubert y Ernesto Medina, quienes a la vuelta de pocos años recibirían el prestigioso premio de la Fundación Polar, y Jorge Rabinovich, quien en la década de los sesenta y posteriormente por más de dos décadas abrió horizontes insospechados a la incipiente ecología venezolana.

Así, la misma disposición para plasmar sus sueños, que lo había llevado a promover la

creación del Centro de Ecología, lo condujo, a finales de los años noventa, a dedicar buena parte de su tiempo a localizar y captar los Investigadores y Posdoctorantes que conformarían la generación de relevo. En esta empresa logró involucrar a muchos de los Investigadores del Centro, lo que a muy



corto plazo permitió prácticamente duplicar la plantilla de investigación y encarar nuevos proyectos. A su vez, esto llevó a la creación de tres unidades de investigación y al remozamiento de dos laboratorios del Centro y, así, a una substancial diversificación de los temas de investigación.

Al margen de sus enormes logros como promotor y organizador, el Dr. Gilberto Rodríguez se distinguió en muchos campos de las ciencias marinas. En el mundo es reconocido como uno de los carcinólogos de agua dulce más importantes y con un gran número de contribuciones novedosas. Antes, había dedicado ingentes esfuerzos a los cangrejos marinos, culminando su empeño en numerosos artículos y en un libro que hoy es referencia obligada en esa área.

Estas actividades le llevaron a establecer una extensa colección de crustáceos decápodos, en la que prevalecían los crustáceos de agua dulce, hasta el punto de que la subcolección de cangrejos dulciacuícolas es una de las más importantes del mundo y solamente es superada por la del U. S. National Museum de la Smithsonian Institution, localizado en Washington (EUA). Es conveniente mencionar que la colección de crustáceos del IVIC contiene más holotipos de una de las dos familias de cangrejos dulciacuícolas que la suma total de los que se encuentran en museos y colecciones de Colombia, Brasil, Costa Rica, México, Estados Unidos, Francia, Austria y Holanda.

Pero sus contribuciones no se limitaron a estos temas. Como ecólogo marino, a comienzos de los años sesenta el Dr. Rodríguez acometió un estudio de proporciones colosales. Por su ambiciosa escala geográfica, el estudio del, así llamado, Sistema de Maracaibo fue una obra titánica que permitió conocer este extenso y complejo conjunto de ecosistemas, al tiempo que permitió dar respuestas a problemas prácticos urgentes, como, por ejemplo, la salinización del lago de Maracaibo como consecuencia del dragado del canal principal. Este proyecto también generó numerosas líneas de investigación, algunas de las cuales aún perduran hoy en día. Pero igualmente importante es el hecho de haberse adelantado con creces a su época, hasta el punto de poder considerarlo como el precursor de la macroecología en Venezuela –y probablemente también de América Latina.

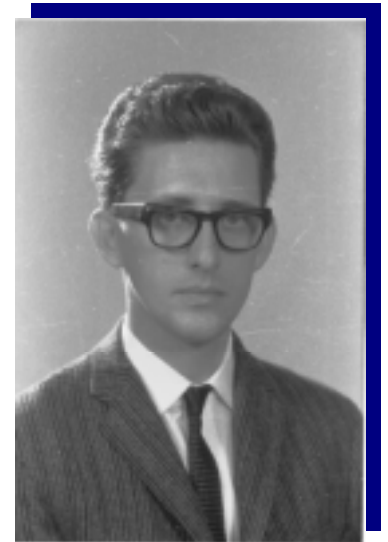
En la década de los sesenta, la macroecología no existía como tal y ni siquiera había un término para describirla. Fue apenas a mediados de los años noventa cuando esa disciplina comenzó a perfilarse con paradigmas propios y herramientas estadísticas ad hoc. De ahí que el estudio del Sistema de Maracaibo se anticipó en casi tres décadas a la formalización del corpus básico de la macroecología.

Igualmente, es dable mencionar que el Dr. Rodríguez realizó uno de los primeros estudios de impacto ambiental que se hizo en el país. A principios de los años setenta, la planta termoeléctrica de Tocoa necesitaba una evaluación del impacto térmico de las aguas de salida de su sistema de enfriamiento sobre la biota marina de la localidad. El Dr. Rodríguez urdió varios ingeniosos experimentos de campo que permitieron comparar los impactos de la planta. Debo reconocer que cuando presentó las conclusiones del estudio, en el viejo edificio del Centro de Ecología, la perplejidad de los entusiastas estudiantes de pregrado que allí laborábamos fue manifiesta. Quizás estábamos embobados con la flamante computadora de Jorge Rabinovich, los entresijos del FORTRAN y el BASIC y las simulaciones del inminente cataclismo ambiental —que, presumíamos, en cuestión de horas barrería del planeta toda forma de vida. De tal manera que una anodina planta eléctrica muy poco podía representar en nuestra cartera de obsesiones cotidianas. Confieso mi error y que fue solamente hace unos pocos años cuando súbitamente entendí

que con ese estudio el Dr. Rodríguez se anticipaba significativamente a lo que posteriormente sería una práctica rutinaria: la evaluación de impactos ambientales.

Por ello y por muchas otras contribuciones, es innegable que cuando se elabore el *heredograma* de la ecología marina en Venezuela, él aparecerá como el origen de gran parte de la estructura y probablemente será considerado una de las más robustas raíces.

Por último, he de admitir que en mi caso, como en el de muchos, Gilberto fue un gusto adquirido. A lo largo de los años, y a medida que fui quemando las etapas iniciales de la ontogenia de la rebelión juvenil, empecé a valorar otros aspectos de su personalidad, más allá de la impresión inicial que causaban sus posturas regias, donde aparentemente todo era cartesianismo puro y duro. Era fácil entender que este talante envarado le hubiese ganado entre sus colegas un mote que lo inscribía en los más altos rangos borbónicos, al tiempo que describía frugalmente lo que algunos percibían como majestuosidad. Sin embargo, creo que el tiempo transformará esos episodios en divertidas anécdotas y nuestra valoración y memorias seguramente pasarán por su trato cordial, agudo sentido del



humor, sobresaliente inteligencia, dotes de visionario, empeño por la excelencia y también por la generosidad que mostró con la generación que ingresó recientemente en el Centro de Ecología y que hoy representa el futuro de éste.

En cualquier caso, es difícil que unas cuartillas consigan dibujar la vida de un ser humano. Quizás puedan convertirse en algunas de las piezas del rompecabezas, pero es poco probable que ellas solas permitan perfilar a un hombre tan polifacético como lo fue el Dr. Gilberto Rodríguez.

Dr. Gilberto Rodríguez
Investigador del IMC (1960-2004)
Fundador del Centro de Ecología, 1970

Lic. Ciencias, U. Central de Venezuela, 1955
M.Sc., U. of Miami, EUA, 1957
Ph.D., U. of Wales, RU, 1970

Gracias a Héctor Suárez, Milagro Rinaldi, Margarita Lampo, Gisela Cuenca, Carlos Carmona y Yajaira Freitas por la cuidadosa lectura del manuscrito. A Mardonio Díaz y a Héctor Suárez por el material fotográfico y su compilación.